



www.loqueleo.es

© Del texto: 2026, Pablo C. Reyna.

De las ilustraciones: Enrique Carlos Martín

Representados por Tormenta. www.tormentallibros.com

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S.L.U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-639-0

Depósito legal: M-3159-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



loqueleg

*A mi marido,
por su apoyo infinito.*

«La Ciudad se ha convertido en un lugar inhabitable. Las calles son un nido de basura, delincuencia, vicio..., y no podemos consentir que la infancia viva expuesta a algo así. ¡Nuestro deber es protegerla!

Por ese motivo, se ha decretado la expulsión de los niños y niñas de la Ciudad».

—*El Noticiero*, 17 de Crunchy®-febrero de 2092

La Burbuja 92

Solo tengo unos minutos antes de que me descubran.

Justo antes de acceder al aula de Ciudadanía del Mañana, me detengo y hago como que me ato los cordones. Mientras los demás entran, mi amigo Lucas me guiña un ojo desde el interior y cierra la puerta conmigo fuera. Primer objetivo conseguido.

Sigo mi camino por el pasillo y finjo absoluta normalidad cuando me cruzo con el prohibífono de la pared. El prohibífono es un megáfono dorado con cara de tipo antipático y cejas puntiagudas que repite las prohibiciones de la Ciudad día y noche con una desagradable voz aguda: «Prohibido hablar sobre temas prohibidos», «Prohibido desobedecer», «Prohibido preguntar cuáles son los temas prohibidos»... Algunos creen que tiene cámaras integradas en los ojos.

En cuanto lo pierdo de vista, corro hacia la escalera y subo tres plantas en menos de lo que canta un gallo. Por suerte, no me encuentro con nadie en el camino, y voy directo al portón que separa la Burbuja 92 del exterior.

12 La entrada y salida del edificio tiene un complejo sistema de seguridad que no se abre con facilidad. Por algo los hogares infantiles se llaman «burbujas»: aquí los niños y niñas tenemos comida, colegio y casi cualquier cosa que necesitemos. Nos envían desde la Ciudad el mismo día que nacemos y jamás salimos de aquí, ni una sola vez, hasta que cumplimos los doce años.

A mí solo me faltan dos días para ello.

En el vestíbulo hay un montón de pantallas conectadas a las cámaras de seguridad del edificio. Este lugar suele estar vigilado por un segurata-bot, pero hace una semana que se averió y todavía nadie lo ha reparado. Es la ocasión perfecta.

En la primera ventana de la pantalla de televisión me veo a mí mismo frente al portón, un chaval normal de cabello oscuro y rizado, vestido con un mono azul con el 11 en la espalda. En la burbuja es muy importante la edad.

¡Oh, no! Tres ventanas más abajo, veo a la sargento Romero en el aula de Ciudadanía del Mañana con el maestro-bot. Observo la escena sin respirar: ella le pregunta primero a él, que tarda un minuto en detener su rollo y darse cuenta de que le están hablando (el maestro-bot tiene un *software* tan antiguo que a veces se queda colgado); después, la Sargento pregunta a Lucas, mi mejor amigo, que niega con la cabeza. No necesito sonido para saber que la directora sospecha. Tengo que darme prisa.

Giro la cabeza y estudio el portón con detalle. Cuenta con un sistema de varios anillos de seguridad, cada uno con un montón de símbolos, y un pomo en el centro. Ningún menor lo ha conseguido engañar jamás.

Empiezo por el anillo exterior, que es una rueda con dibujos como una golondrina o unas tijeras. La detengo en el símbolo de una luna creciente y presiono para accionarla.

El segundo anillo tiene números. Giro la rueda hasta el número 999 y también la acciono.

Solo falta el tercer anillo. Si lo acciono correctamente, la puerta se abrirá y veré por primera vez

el mundo exterior. Pero, si me equivoco, el sistema se bloqueará de tal forma que hará falta más de un mes para volverlo a usar. No puedo equivocarme.

Estoy a punto de accionar la última rueda, cuando escucho unos pasos que vienen del mismo vestíbulo. Se detienen a mi lado y un carraspeo me obliga a parar. Veo a la Sargento con las manos en la cintura.

—¿Otra vez? —pregunta.

No suena furiosa, como esperarías si alguien intentase escapar de la burbuja. Suspira, me hace un gesto para que me separe del mecanismo y después gira el pomo de tal manera que el sistema de seguridad vuelve al estado inicial.

—No pensaba abrirlo —digo a la defensiva.

—Por supuesto que no —responde cansada—. Soy la única humana que conoce la combinación, pero eso ya lo sabías. Tu único objetivo era bloquear la puerta para no poder salir ni cuando tengas la autorización.

Bajo la mirada, avergonzado. La Sargento me conoce demasiado bien.

—¿Qué hago contigo, Enzo Sinapel? —me pregunta cansada—. Pensaba que había visto de todo

en la burbuja, desde robots respondones hasta plagas de piojos..., pero nunca un menor que no quisiese salir al exterior.

Es normal que los chavales queramos conocer el mundo de afuera y mudarnos a la Ciudad. Nos preparan para ello desde que nacemos: somos los futuros ciudadanos, los ciudadanos del mañana, la ciudadanía en potencia... Nuestro paso por la burbuja no tiene otra razón que prepararnos para lo que viene después: la vida adulta.

15

—¿No puedo quedarme a vivir aquí? —pregunto una vez más.

—Ya sabes que no, ningún chaval puede permanecer en la burbuja después de cumplir los doce, es la ley. Pero la Ciudad no es tan mala como crees, solo le tienes que dar una oportunidad —dice con voz dulce—. Si no te enfrentas a ella, la duda siempre te atormentará.

Supongo que tiene razón, pero no es que mi caso sea muy típico.

A diferencia del resto de niñas y niños de aquí, yo no tengo familia esperándome en la Ciudad. Lo único que sé es que me enviaron a la burbuja el día que nací, como a los demás, pero mis padres nunca

se comunicaron conmigo después. Solo silencio total, desde ese día hasta hoy.

Por supuesto, los encuentros con las familias están terminantemente prohibidos en la Burbuja 92. Los adultos no pueden entrar y nosotros tampoco salir. La única mayor del edificio es la Sargento, que vive con nosotros.

16 Sin embargo, las familias bombardean a sus hijos con vídeos y regalos constantes. Mi amigo Lucas incluso recibe una caja de chocolate semanal que siempre comparte conmigo. Tengo la sospecha de que es la manera que tienen sus padres de sentirse menos culpables por la distancia, pero hay que admitir que las chokolatinas están ricas.

Aunque no todos los mayores están de acuerdo con la prohibición. Aquí es archiconocida la historia de Berta Benito-Pizjuán, una niña de mi edad. Tenía ocho años cuando sus padres no soportaron más la separación y se presentaron en la burbuja para llevársela. Berta no tenía la edad legal para vivir en la Ciudad, así que los tres se mudaron al territorio salvaje. Siempre los imagino en una cabaña lejos de la civilización, incomunicados pero felices.

Estoy a punto de marcharme cuando la Sargento señala un muro junto al portón donde están colgados los retratos de los niños que han salido de la Burbuja 92. Su mirada se detiene en la foto de una muchacha con orejas prominentes, cabello oscuro y una mirada repleta de bondad, exactamente igual que la Sargento. La imagen va acompañada de un nombre: Esperanza Romero. Es ella, o la versión de doce años de ella. Se me hace raro que haya sido una niña una vez.

—A mí también me daba miedo cruzar el portón —admite, un poco emocionada—. Mi madre murió cuando me dio a luz y mi padre no tenía ni idea de cómo tratar con una niña. No fue fácil al principio, pero acabé encontrando mi lugar. Estoy segura de que lo mismo te pasará a ti.

Esa pequeña confidencia me provoca un alivio inesperado. Me he comportado como un idiota.

La Sargento y yo estamos a punto de volver al nivel inferior cuando oímos un crujido proveniente del portón. Los dos nos quedamos petrificados.

—¿Qué has hecho? —pregunta la directora, asustada.

—¡Yo nada! —respondo, dubitativo—. Creo...

Los dos nos giramos lentamente para comprobar que el mecanismo de la puerta se mueve.

Clic... Clonc... Clic...

Los círculos concéntricos giran sin que podamos evitarlo, los cerrojos se descorren uno a uno y, finalmente, la puerta que me separa del terrorífico mundo exterior se abre.



Una luz intensa me obliga a cerrar los ojos; es la primera vez que tengo contacto con la luz del exterior. Antes de que pueda volver a abrirlos y ver lo que hay allá afuera, la puerta se cierra con un sonoro clonc.

19

Cuando miro, descubro a un robot con un cabezón. Se desplaza sobre una esfera y carga con una caja de la que sobresalen paquetes y documentos. Es la correspondencia de la Ciudad.

—¡Inspector! —exclama la Sargento sin disimular los nervios.

El inspector estira su cuello para mirar a la directora desde arriba. Está de muy mal genio.

—Por fin la encuentro, sargento Romero: llevo días intentando ponerme en contacto con la Burbuja 92 y no recibo contestación.

La directora se muerde el labio.

—Es que el mensajero-bot se ha averiado —admite, cabizbaja.

—¿Otra vez? —El inspector proyecta un informe digital en el aire y escribe unas palabras. Intento ver lo que pone, pero él lo minimiza enseñuida—. Esta burbuja acumula más averías que la suma de todas las demás. Al mensajero-bot y el segurata-bot hay que añadir también la técnico-bot, la pedagoga-bot, dos friegaplatos-bot, un...

20

La Sargento aguanta un minuto entero de charparrón. Sospecho que otra vez se va a quedar sin ascenso.

Los niños de la Burbuja 92 creemos que la directora es la persona más gafe del mundo. Es la responsable de que todo funcione correctamente, pero, cada dos por tres, los robots sufren cortocircuitos, la comida ultraprocesada explota en el microondas y las películas educativas se pierden para reaparecer, semanas después, en los lugares más insospechados, como un retrete o un bote de aceitunas.

Hasta la llegada de la sargento Romero, los directores de la Burbuja 92 no duraban más de unos meses en el cargo. Este es un simple paso para su promoción militar (no hay mayor prueba de resistencia

que aguantar a cien niños), pero la Sargento ha roto las estadísticas. Ya lleva más de seis años en la burbuja, y la acumulación de desastres y errores no hace más que confirmar que se va a quedar una temporada más. Siento lástima por ella.

—¿Puedo preguntar qué ha venido a hacer aquí, inspector? —dice la Sargento para romper el hielo.

—Eso es lo que le intenté decir en mis comunicaciones: estamos muy inquietos por las averías y demás deficiencias. Vengo a comprobar si de verdad está capacitada para la Burbuja 92... —el robot la escanea solo por fastidiar—, o debo destinarla a la Oficina de Quejas y Reproches hasta su jubilación.

Por la cara que pone ella, está claro que no es precisamente un premio. Se me hace un nudo en la garganta al verla tan descompuesta.

De pronto, el robot repara en mí. La Sargento cierra los ojos, como si adivinase lo que se viene.

—Vaya, un niño... —dice con un desprecio que ni el rostro de metal puede disimular.

—Estamos en una burbuja —responde la Sargento, interponiéndose entre los dos—. Que haya niños es normal.

—Lo que no es normal es que un niño merodee cerca del portón exterior. Reglamento de Seguridad, Artículo 5D —dice el robot—. Otra falta para su expediente, sargento Romero.

Y me arroja la caja con la correspondencia contra la tripa, dejándome sin respiración.

22 —Llévalo a mi despacho, por favor —me susurra la directora. Enseguida vuelve con el robot—. ¿Quiere que le muestre las manualidades que han hecho los alumnos, inspector?

—Por favor, no. ¿Cómo va la construcción de la sala de castigos? Me gustaría que estuviese operativa pronto.

Los dos se alejan por el pasillo.

Suspiro y cargo con la caja hasta el despacho de la Sargento, situado en el nivel -3. Por el camino me cruzo con varios compañeros de mi curso, que están entusiasmados por el inminente viaje a la Ciudad.

Entro al despacho, que la Sargento nunca cierra con llave, y dejo la caja sobre el escritorio.

Ya he estado aquí otras veces. Esta habitación es muy diferente al resto de la burbuja, con fotos y recuerdos del mundo exterior.

Estoy a punto de marcharme cuando, entre la correspondencia, veo un sobre con un nombre escrito en tinta electrónica: «Asunto: Lorenzomanuel Sinapel».

Me quedo helado. ¿Una carta para mí? Ni una vez, en mis casi doce años de vida, he recibido ninguna comunicación de fuera.

No me queda claro de si es para mí, o es una carta *sobre mí*. Pero ¿qué sentido tendría eso?

23

Tengo que descubrirlo. Atento a los sonidos del pasillo, cojo el sobre y deslizo el dedo índice por la parte superior. El documento digital se despliega ante mí, mostrando un mensaje que aparece letra a letra:

Se requiere informe sobre el estado de salud de Lorenzomanuel Sinapel. Enviar urgentemente a la dirección 41001PLN1.

Las palabras me caen tan de sopetón que el folio digital casi se me escurre de las manos. ¡Hay alguien en la Ciudad que se preocupa por mí! No estoy solo, ¡tengo familia! Podré reunirme con ellos en solo dos días, en mi cumpleaños.

Pero, mientras lo celebro, descubro que el mensaje de la carta no ha terminado todavía. La tinta

electrónica forma unas palabras más, unas palabras que lo cambian todo:

Por motivos confidenciales, Lorenzomanuel NO debe mudarse a la Ciudad después de cumplir los doce años. Repito: Lorenzomanuel NO debe mudarse a la Ciudad después de cumplir los doce años.

24 Debe permanecer en la burbuja por tiempo indefinido.